

20 años después de La convergencia socialista

La invención de la izquierda renovada

Marcelo Contreras N. LN 31 de diciembre de 2006

Con razón se sostiene que las autocríticas, revisiones y renovaciones son más propias de las derrotas que de las victorias. El proceso de convergencia que vivió el socialismo desde mediados de los años 70 y hasta 1989, no fue una excepción. La singularidad es que se realizó bajo dictadura y represión, en donde no pocos de sus impulsores debieron sufrir en carne propia detenciones, prisión y relegación.



El fallecido Erick Schnake (en la foto), Ricardo Núñez y Carlos Altamirano y Jaime Gazmuri fueron algunos de los protagonistas del período en que las facciones del PS y el MAPU asumieron un proceso de discusión que condujo a la convergencia de las tendencias y fueron la antesala de lo que vino a llamarse la “izquierda renovada”.

La renovación socialista fue un proceso que no sólo comprometió a las orgánicas políticas y su militancia sino fue un verdadero proceso cultural, que se desarrolló simultáneamente en el país y en el exterior, con sedes tan disímiles como México, Italia, Francia, Holanda, Alemania y en el propio campo socialista, cubriendo cada uno de los rincones que brindaron su hospitalidad y solidaridad a los exiliados chilenos.

Como todo proceso de ruptura y renovación tuvo su cuota de trauma y conflicto, dividiendo transversalmente prácticamente a todos y cada uno de los partidos que integraran la Unidad Popular y la propia izquierda extraparlamentaria, incluyendo al MIR y el Partido Comunista. Algunos de esos partidos tuvieron quiebres formales, como el propio Partido Socialista, en su mítico pleno de Argel (que en realidad se realizó en Berlín oriental) y que enfrentara a Carlos Altamirano, enarbolando las banderas del revisionismo y la renovación, con Clodomiro Almeyda, que defendía la ortodoxia y la vieja alianza comunista-socialista.

En otros partidos, con una ideología más fuerte y arraigada, como el Partido Comunista o el MIR, las ideas de la renovación que tempranamente abrazaron algunos de sus militantes, les costaron su expulsión o marginación y no pocos problemas personales y afectivos con sus viejos camaradas de partido, que no dudaron en anatémizarlos como “renegados” o traidores. En partidos menos estructurados o consolidados, como los Mapu y la Izquierda Cristiana, no todos optaron por el camino de la renovación y algunos aún subsisten como minipartidos.

Es difícil precisar una fecha en que se inicia ese proceso de renovación del pensamiento socialista, que ya tenía sus antecedentes en la propia valoración que algunos de los partidos de la UP y algunos dirigentes hacían de la experiencia encabezada por Salvador Allende, en donde algunos postulaban “avanzar sin transar”, mientras otros sostenían que había que “transar para avanzar”.

Lecciones de la derrota

Con el golpe militar de 1973 y la heroica muerte de Salvador Allende en La Moneda, se inicia un lacerante y profundo proceso de crítica y autocrítica en la izquierda chilena. Un proceso que no tiene equivalencia en ninguno de los otros protagonistas y responsables por el quiebre democrático. Ni del centro ni menos de la derecha. Algunos culpan a Carlos Altamirano y su célebre discurso en defensa de los marinos constitucionalistas a los que la Armada había sometido a proceso. Otros a la política excesivamente conciliadora y conservadora del Partido Comunista y los sectores moderados de la UP. No faltan quienes culpan al propio Allende por no haber precipitado la confrontación decisiva con la reacción. Pero más allá de esas acusaciones y contra acusaciones, la izquierda chilena empieza un proceso de reflexión teórica y política no sólo sobre el marxismo leninismo -el marco teórico dominante en la izquierda chilena hasta 1973- sino sobre su propia visión de la democracia, esencialmente instrumental, los socialismos “reales existentes” y la propia teoría de la revolución.

Son cientos de miles los chilenos que, con razón o sin ella, deben abandonar el país para salvar sus vidas, su integridad física o su libertad. Son los países europeos y algunos latinoamericanos los más generosos para brindar su hospitalidad y solidaridad con estos chilenos. Francia, Italia, Holanda, Suecia, Bélgica, Alemania, también México, abren sus puertas al exilio chileno. Los países socialistas son un poco más selectivos, recibiendo principalmente a cuadros políticos avalados por los partidos de la UP. Sin embargo este exilio masivo desborda los controles y trabas y prácticamente no quedan muchos países que no hayan recibido a chilenos como exiliados, que viven con sus maletas sin deshacer, pensando en un pronto retorno y en donde la renovación tuvo domicilio.

El exilio y el interior

Sin duda, el proceso de renovación socialista tiene la impronta del exilio. Un exilio que conoció por dentro la experiencia de los países socialistas y del capitalismo del primer mundo, que se nutrió de la socialdemocracia y de la crítica al socialismo real existente, que ya empezaba a vivir su crisis terminal a mediados de los años 70, con el inicio de la perestroika en la URSS y la experiencia eurocomunista iniciada por Enrique Berlinguer en Italia y luego extendida a la mayoría de los partidos comunistas europeos.

Pero también tiene la marca del interior. De los muchos militantes y simpatizantes de la izquierda chilena que, desafiando muchos riesgos, no sólo se quedaron en el país, algunos en la clandestinidad para organizar la resistencia y otros asumieron tareas públicas, a rostro descubierto, para defender presos políticos, trabajar por los derechos humanos y por la recuperación de la democracia en nuestro país. Tanto el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, convocado por las Iglesias, como la propia Vicaría de la Solidaridad, creada por el cardenal Raúl Silva Henríquez, contó con la colaboración de mujeres y hombres de izquierda que concurrieron a ese llamado.

Nada ayuda tanto a revalorizar la democracia y superar su visión instrumental que el hecho de haberla perdido y vivir en situaciones límites en donde, como alguna vez sostuvo el desaparecido cientista político Enzo Faletto (uno de los precursores de

la renovación socialista en el interior) luego de luchar por la revolución, la izquierda en Chile terminó bregando por la vigencia del hábeas corpus.

Dialogo con la DC

El primer diálogo formal y semipúblico entre la izquierda y la Democracia Cristiana luego del golpe militar se produjo en la Vicaría de la Solidaridad, a principios de 1976, en el palacio arzobispal de la Plaza de Armas, teniendo como protagonistas e interlocutores a Patricio Aylwin y al sociólogo Manuel Antonio Garretón. Fue un debate con altura de miras pero sincero y profundo, en donde ambos interlocutores, junto con hacer su respectiva autocrítica y la crítica a sus antiguos adversarios, concluyeron que debían trabajar para superar el estado de profunda polarización en que se encontraba el país.

Fue también un organismo de la Iglesia Católica, el Centro de Estudios Sociales (Cesoc), dependiente del Centro Bellarmino, el que editara el primer libro publicado en nuestro país, en donde Tomas Moullet y Renzo Falién (Tomas Moulián y Enzo Faletto) formalizaban la crítica y autocrítica por la visión instrumental acerca de la democracia que predominaba en la izquierda chilena e intentaban reconciliar teóricamente el socialismo con la democracia.

De Ariccia a Chantilly

El proceso de renovación de la idea socialista ya estaba en marcha en Europa y América Latina. Raúl Ampuero, ex senador socialista y fundador de la Usopo (Unión Socialista Popular), exiliado en Italia, había comenzado el proceso en contacto con los socialistas italianos. De allí vendría el primer y el segundo encuentro de Ariccia, a fines de los años 70, que muchos señalan como el primer hito de la renovación, que reunió a socialistas históricos, básicamente del sector Altamirano, con representantes de las nuevas vertientes socialistas como el MAPU, el MAPU-OC, la Izquierda Cristiana, sectores del MIR y radicales. Allí se sentaron las bases teóricas del proceso de renovación.

Pocas veces como en esa década (1979-1989) la izquierda chilena produjo una reflexión teórica más extensa y rica sobre la democracia, el marxismo, la teoría de la revolución, el socialismo, el partido y la sociedad. Son miles los escritos que tuvieron como autores a Raúl Ampuero, Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda, Jorge Arrate y el Instituto para el Nuevo Chile, José Antonio Viera-Gallo y las publicaciones de Chile-América que fundara en Roma. Carlos Ominami, Alexis Guardia, Gonzalo Martner, en París. José Miguel Insulza, Jaime Estévez, Armando Arancibia, Marcelo Schilling en México. Jaime Gazmuri desde la clandestinidad. Tomás Moulián, Enzo Faletto, José Joaquín Brunner, Eugenio Tironi, Manuel Antonio Garretón y el propio Ricardo Lagos, en el país. Sería muy interesante revisar algunos de esos escritos no sólo para constatar su vigencia sino la propia consecuencia de sus autores.

Las escuelas de verano, organizadas por el Instituto para el Nuevo Chile, primero en Europa y luego en Mendoza, fueron el escenario de grandes debates teóricos y políticos acerca del proceso de renovación del pensamiento socialista, la crisis de los socialismos reales y el Chile del futuro. En esas escuelas participaron, como alumnos o profesores, no sólo los dirigentes de la renovación sino también representantes de la Democracia Cristiana, del Partido Comunista, feministas, jóvenes, dirigentes sindicales, artistas. La verdadera diversidad democrática del país y el exilio, no sólo para debatir y teorizar sino para reconstruir la amistad cívica y confraternizar. De allí salio Nemesio Antúnez como candidato presidencial, con proclamación y todo.

Largo sería hacer el recuento de las innumerables jornadas que jalonaron ese proceso y que tuvieron como sede el aristocrático Castillo de Chantilly, en las afueras de París (en rigor una casa de ejercicios o lugar de eventos de la Iglesia Católica), el Instituto del Nuevo Chile en Rotterdam que formara Jorge Arrate después de abandonar Berlín tras la ruptura del PS, el decisivo seminario de convergencia socialista realizado a principio de los años 80 en México, que tuvo como anfitriones a José Miguel Insulza, Juan Gabriel Valdés, Jaime Estévez, Armando Arancibia, Marcelo Schilling y numerosos exiliados chilenos en ese país y en donde participó una delegación de representantes del interior.

Fue Eugenio Díaz, uno de los participantes de ese encuentro, gracias a su prodigiosa capacidad de tomar actas taquigráficas de las intervenciones, quién propuso a un conjunto de compañeros del interior replicar ese seminario en nuestro país. Con paciencia y cuidado se preparó ese primer evento sobre la renovación socialista que ya tenía como objetivo y propósito la convergencia de las vertientes históricas y las nuevas vertientes en una gran fuerza socialista

En verdad, el seminario se transformó en una seguidilla de encuentros que reuniera, de manera sistemática, no sólo a los socialistas del 24o Congreso, como se denominaban los altamiranistas, con representantes de los dos MAPU (Garretón y Gazmuri) y la Izquierda Cristiana, sino también con sectores del PS Almeyda (entre ellos Germán Correa y Ricardo Solari) y numerosos independientes o ex militantes. Y pese a que este prolongado evento terminó de la peor manera desde el punto de vista de la seguridad (la casa de ejercicios de la Iglesia donde se realizaba terminó allanada por la CNI y muchos de sus participantes fueron detenidos), allí se sentaron las bases para la convergencia orgánica y la posterior constitución del bloque socialista.

El Bloque Socialista

En estricto rigor, la división del Partido Socialista en el exterior, en 1979, no tuvo un correlato muy exacto en el país. El abogado y ex senador, hoy integrante del Tribunal Supremo, Hernán Vodanovic (sobrino de Eric Schnake) era una de las pocas caras visibles de los altamiranistas en nuestro país a fines de los años 70. Por eso ese sector tomó la dramática decisión de hacer retornar a Ricardo Núñez, un connotado dirigente de su Comité Central, que no tenía la fatídica letra L, con la misión de estructurar a su sector en el país. Con él, llegó Luis Alvarado, el ex ministro de Bienes Nacionales de Patricio Aylwin. Prontamente se les sumaría Marcelo Schilling y Armando Arancibia desde México. La otra figura del interior, era el ex ministro del Interior de Salvador Allende, Carlos Briones, que jugaría un rol decisivo para reunificar a numerosas tendencias socialistas dispersas, que no reconocían filas en el almeydismo.

Por ese entonces ya había vuelto al país Ricardo Lagos, una figura intelectual y con evidente peso político, a quienes todos miraban como un referente, reconociendo su liderazgo. Pero fue Ricardo Núñez quien asumió la pesada tarea de reconstruir una orgánica socialista de envergadura e impulsara el proceso de convergencia socialista y luego el bloque en el que convergieron las distintas orgánicas que se reconocían en este proceso y en donde participaban como representantes partidarios Guillermo del Valle y Ricardo Brodsky por el MAPU, Pedro Felipe Ramírez y Raúl González por la Izquierda Cristiana, el autor de estas líneas, Jorge Molina y Jaime Estévez por el MAPU OC, además de Ricardo Núñez, Hernán Vodanovic y Luis Alvarado por el Partido Socialista.

Tampoco el bloque socialista tuvo mejor suerte en materia de seguridad. A comienzo de los años 80 la CNI allanó el local en donde funcionaba y detuvo a

algunos de sus dirigentes y funcionarios, entre ellos a Luis Alvarado y Guillermo del Valle, relegándolos a localidades del sur.

Pero ya estaban sentadas las bases de la convergencia de las orgánicas que la conformaban. En 1984, Carlos Briones, secretario general del PS unificado (con exclusión de los almeydistas) enviaba la carta de Unidad e Integración del Socialismo chileno en donde, formalmente invitaba a las distintas vertientes a formar una sola gran fuerza política socialista, que se materializó en un acto público en un local sindical en Santiago en mayo de 1985 y se completó en 1989 con la incorporación del MAPU y sectores de la Izquierda Cristiana.

Sin embargo, la unidad socialista se bifurcó en dos partidos luego que el PPD, un partido instrumental generado en el marco del proceso de renovación socialista para enfrentar a Pinochet en el plebiscito, por mayoría, decidiera superar ese carácter y mantenerse como un partido programático y no disolverse en el PS. En parte esa decisión tiene que ver con la opción del entonces PS-Arrate, de privilegiar la unidad con el sector almeydistas por sobre la unificación con el PPD, que para muchos representa una nueva división del socialismo. También es verdad que no todos los militantes y dirigentes del PPD se reconocían en el proceso de renovación socialista, algunos porque venían de la derecha democrática y otros porque desconfiaban de la izquierda socialista más ortodoxa, supuestamente representada entonces por Camilo Escalona. Tampoco estuvo ausente un cierto cálculo político acerca de las posibilidades que ofrecía un partido autónomo del PS para ocupar espacios de poder en la democracia reconquistada. Formalmente el Partido Socialista reunificado asumió la renovación del pensamiento socialista en su primer Congreso posterior al proceso de reunificación, realizado ya en democracia en Valparaíso. Un documento que ha tenido escasa difusión y que marca el estancamiento de este proceso.

¿Socialistas liberales?

Al cumplirse algo más de 20 años del inicio del proceso de renovación del pensamiento socialista vale destacar que ello permitió el encuentro del centro y la izquierda primero en la Alianza Democrática y luego en la Concertación de Partidos por la Democracia, dando origen a la alianza política más exitosa y duradera de nuestra historia política, haciendo del PS chileno la única fuerza de izquierda en constituirse en protagonista de la recuperación de la democracia y la posterior transición, eligiendo al primer socialista desde Allende como Presidente de Chile tan solo diez años después de terminada la dictadura y la primera mujer en convertirse en Presidenta de Chile. En el débito, la renovación del pensamiento socialista aparece hoy día como un proceso agotado. Que los socialistas reconozcan a la democracia como el espacio y límite de la acción política hoy aparece como algo natural y lógico, de la misma manera como se asume su responsabilidad como fuerza de gobierno. Algunos de sus protagonistas se pasaron de revoluciones y hoy parecen identificarse más con el liberalismo que sólo ayer anatomizaron que con el ideario socialista. No pocos socialistas asumen aún hoy día la renovación de manera vergonzante y son muchos los socialistas que piensan que es la hora de una segunda renovación. Y no son sólo los socialistas los que piensan en esa nueva renovación para una Concertación que da muestras evidentes de agotamiento y deterioro político. ¿Es ello posible en el poder o la Concertación o los propios socialistas deberán esperar la hora de la derrota para enfrentar este proceso urgente y necesario?

La renovación y después

Jorge Arrate (Ex presidente del Partido Socialista)

La “renovación” se gestó en el Partido Socialista y en las dos vertientes del MAPU. Políticos e intelectuales, dentro y fuera de Chile, iniciamos una reflexión autocrítica sobre la Unidad Popular y su derrota que colocaba en el centro la incapacidad de la izquierda para consolidar hegemonía cultural y política en torno a su proyecto.

En la fase inicial, durante los años setenta, fue influenciada por el debate italiano marcado por el pensamiento de Gramsci. La “renovación” reexaminó el concepto de Estado, incorporó la categoría de “hegemonía” y revalorizó la democracia como espacio y límite de la acción política. Propuso una revisión del modelo de partido y postuló una definición que admitiera abiertamente la participación igualitaria de marxistas y cristianos de izquierda, planteó nuevos enfoques sobre la relación entre medios y fines y entre cultura y política. El debate, empañado por la dispersión y la entrecortada relación entre interior y exterior, explotó con la división del Partido Socialista en 1979.

En los ochenta influyeron en la “renovación” las elaboraciones del socialismo democrático europeo, la transición española y la “perestroika” gorbachoviana. La constitución de la “Convergencia Socialista” fue un paso decisivo. Se inició entonces un diálogo serio con socialistas “almeydistas”, de dinámica presencia en Chile, y con otros grupos de izquierda. A fines de la década, con la unidad socialista y el Congreso Salvador Allende, el espíritu original de la “renovación” parecía haber permeado a toda la izquierda, salvo al Partido Comunista. En ese momento se habían incorporado al Partido Socialista unificado casi todos los grupos del tronco histórico, ambos MAPU, agrupaciones de ex miristas, comunistas discrepantes y, finalmente, la Izquierda Cristiana y se había zanjado por un largo tiempo (se pensó entonces) el tema de la identidad partidaria.

Sin embargo, en los noventa la bandera de la “renovación” siguió agitándose como emblema tendencial interno y, en otro cauce, fue invocada para encaminar un proceso de “post renovación”, en la que nuevas fuerzas, como sectores del Partido por la Democracia, intentaron proyectar el pensamiento renovado más allá del impulso original.

El Partido Socialista había constituido en la década de los cuarenta un corpus teórico propio, en el que destaca la “Introducción” al Programa de 1947 elaborada por Eugenio González, valiosa pieza doctrinaria que concilia socialismo y libertad. Allende, por su parte, había sostenido desde los años cincuenta que, en Chile, la democracia era el terreno más propicio para el éxito de las luchas populares y había configurado el concepto de “vía chilena al socialismo”. De esta manera, en el Partido Socialista la “renovación” estuvo asociada a conceptos preexistentes en el ideario partidista. Era renovación, pero al mismo tiempo era recuperación y revitalización, con una clara referencia a la memoria colectiva.

La “renovación” no elaboró una reflexión crítica sobre el mercado, a pesar que el neoliberalismo y la economía “reaganiana” eran ya una corriente importante en el mundo y en el Chile de los “Chicago Boys”. No realizó un debate teórico ni formuló propuestas que establecieran sin ambages criterios de preeminencia ética de lo público sobre lo privado y del interés colectivo sobre el individual. La pérdida de perfil de la izquierda socialista en el debate político y cultural tiene relación directa con esta carencia.

El espíritu de la “renovación” original, más allá de sus vacíos, fue siempre revitalizar el pensamiento socialista, no reemplazarlo o disolverlo. Sin embargo, al

peso de una transición interminable se sumó el de una “renovación” sin límites que, referida a su original, ha terminado siendo una mutación desafortunada.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.